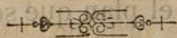


dar un instante, pero que no podrán resistir el exámen frio é imparcial que es despues de la jurisdiccion de la crítica. Por último, Mirabeau, en los momentos borrascosos de la Asamblea, cuando se agitaban las facciones resentidas por sus palabras, se cruzaba de brazos, y encerraba en el silencio. Menester es que el orador vaya siempre prevenido contra este peligro, y que sepa arrostrarlo en calma cuando se presenta. Los hombres nulos en los parlamentos, los que no pueden hablar, necesitan algun desahogo, y lo buscan y encuentran en este medio vergonzoso y repugnante. Quieren turbar al orador y hacerle experimentar el poder del sarcasmo, ya que no pueden oponerle el contrapeso del talento. Esta es una violencia que se hace á los oradores, porque privarles de la serenidad del espíritu y del raciocinio, equivale á negarles el derecho de la palabra. Y sin embargo, estos ataques insidiosos y rastreros que hasta la educacion condena, se repiten harto frecuentemente. El orador debe ir á la tribuna apercebido; y cuando estalle una revolucion mezquina de las medianías intolerantes, esperar la calma, y en ella anudar nuevamente su discurso, cuando esté seguro de que siquiera el pudor obligará á los demas á escucharle aun que les sean sus palabras amargas y enojosas. Sobre todo que esté seguro que como hiera las preocupaciones ó intereses de los que le escuchan, á proporcion que mas grandes sean las verdades que anuncie, á esa misma proporcion será mas grande la grito y el escándalo. Los hombres tienen siempre un santo celo por todo lo que les conviene.



CAPITULO IV.

Imposibilidad de conocer al orador parlamentario por los discursos que publican los periódicos y el diario de las sesiones; y mas aún por la reseña que de ellos se hace.

EN los pueblos que se hallan á distancia del teatro de la accion parlamentaria, se espera con ánsia y aun con creciente impaciencia la llegada del correo, siendo lo que mas escita la curiosidad general las sesiones de los cuerpos deliberantes. Cualquiera tardanza alarma los ánimos, y da lugar á mil comentarios y versiones. Llegados que son al fin los anhelados papeles públicos, un lector escogido se apodera de ellos, busca ante todo las sesiones de las cámaras y las lee con voz reposada y solemne, en tanto que todos escuchan en recogido silencio, y *auribus erectis*, como los Hebreos oian la lectura de los libros sagrados. Se cree como punto de fe católica que los discursos de los diputados y senadores están copiados como se pronunciaron, sin faltarles ni sobrarles una letra; y por mas que nos duela destruir es-

ta ilusion, tenemos que decir que en esto, como en otras muchas cosas, hay grande parte de farsa, pues que de cada veinte, una sola es verdad, y las diez y nueve son mentira. Pronto se verán los motivos por qué no puede menos de suceder así.

Ante todo la taquigrafía es un medio imperfecto, ó mejor diremos, de todo punto insuficiente para seguir la rapidez de un discurso. Siempre creemos con mas facilidad lo que mas adula á nuestro pobre talento y á nuestro miserable amor propio. Cuando se nos dice que el hombre ha inventado un arte tan veloz como la idea, que se apodera de la palabra en el instante mismo en que el labio la suelta; que la encadena y representa vaciando en pocas líneas una série entera de pensamientos, y que no vuelan mas éstos que la mano y la pluma que los siguen, esto nos parece admirable y portentoso, y lo creemos desde luego porque lo es, es decir, por lo mismo que debiéramos dudarle. La taquigrafía sin embargo, ademas de ser un descubrimiento de que no pueden envanecerse los modernos, dista mucho de estas exageradas ventajas. D. F. de Paula Martí, autor de uno de los métodos y que lo ejecutaba con una facilidad sorprendente, llegó á escribir, y creyó que podian escribirse mas de ciento treinta palabras por minuto; recientemente se ha adelantado algo; pero siempre son infinitamente mas las voces que la lengua puede pronunciar, que las que la taquigrafía puede escribir en un tiempo dado. Esta podrá seguir á lo mas á la palabra lenta, que se arrastra penosamente, á la palabra de una conversacion tranquila, sin calor, sin viveza; pero no al discurso animado en que el orador se posee y entusiasma, al discurso de pasion, de arranque, de trasportes, al discurso que corre como las aguas revueltas de un rio caudaloso,

y que se precipita en los finales con la violencia con que esas mismas aguas se lanzan desde una elevada catarama. Y sin embargo, este solo es el discurso; lo demas es una disertacion fria, una recitacion de escolar que á nadie interesa. La taquigrafía en estos discursos, desde el momento del calor, desde el momento en que el águila despliega sus anchas alas y se lanza en los espacios, queda muy á distancia de la palabra, que no vuelve á alcanzar; que no es posible que siga ni alcance; porque la una marcha al compás del movimiento de una mano, en tanto que la otra va impelida por el genio que la obliga á seguir todos sus giros: porque es imposible, absolutamente imposible que haya nada que siga á la inspiracion, que es instantánea, mas veloz que el rayo, la corriente eléctrica que se concibe y no se esplica; el soplo de Dios en el alma de un mortal favorecido. Este arte tan ponderado, en las ocasiones de que hablamos, á lo mas tomará las ideas principales; pero los giros, las imágenes, que son la saeta que cruza los aires, las bellezas delicadas que á veces consisten en una sola palabra; todo esto quedará muerto y perdido, y despues el encargado de traducir, ó mejor de adivinar el pensamiento del orador, se hallará con un enorme vacío, con una sombra, ó con un esqueleto á quien tenga que poner carnes y ropages segun su gusto, segun su capacidad, y lo que es mas, segun su buen ó mal deseo.

De este inconveniente inevitable resulta que los malos discursos ganan en la version del taquígrafo, porque siquiera los arregla á su manera, y hace mas por ellos que lo que hizo su autor; pero los buenos pierden lo mejor que tenían, no conservan ni aun los rasgos de su fisonomía verdadera, porque el arte ha cogido solo su corteza, su parte material, en tanto que se ha escapado

la parte espiritual, la parte evaporable de la imaginación, las bellezas mas finas y delicadas, que casi siempre están en un solo rasgo, y á veces en la colocacion de una sola palabra. A los discursos, pues, en esta trasformacion necesaria, les sucede lo que á las mugeres. La que no ha debido á la naturaleza un rostro interesante y formas proporcionadas, gana mucho con los afanes del tocador y con el arte de la modista; pero la que tiene belleza, frescura y lozanía á la vez, la que desde las primeras horas de la mañana se ostenta como la blanca azucena que embalsama los jardines y como el clavel que contrasta con ella por sus colores encendidos, esta pierde indudablemente con los adornos que quiera añadir á sus gracias, porque no sirven mas que para oscurecerlas ó para desfigurarlas.

Solo hay un medio de evitar en parte tales inconvenientes respecto á los discursos: que los estienda y redacte para la imprenta el mismo que los ha pronunciado, pues en cuanto á las ideas, puede muy fácilmente acudir á los recuerdos de su preparacion y á las ligeras notas que llevase á la vista para el debate, y en cuanto á los accidentes, giros y rasgos de inspiracion, su impresion aunque transitoria, ha debido ser muy viva, y permanece algun tiempo fija en la memoria, como el sabor que deja en el alma el sueño de felicidad. ¿Mas puede esperarse que sean muchos los oradores á quienes la vida agitada de su posicion permita el tiempo necesario para entregarse á esa tarea lenta y enojosa? ¿Dá lugar para ello el apremio de la imprenta, que como el Minotauro de la antigüedad, tiene su racion señalada que debe devorar cada dia? Y aun cuando así no fuera, ¿cómo insertar á la letra un discurso de empeño y por lo tanto de grande estension, discurso que ha llenado dos ó

mas sesiones, en los estrechos límites de una ó dos columnas de un periódico, que tiene la necesidad de reservar otras muchas para su polémica y para materias de amenidad? Que no se busque, pues, en las sesiones al orador, porque no está allí ni es posible encerrarle en tan estrecha cárcel: que se le busque en la tribuna, que es á la vez su trono y su teatro; fuera de ella no está en parte alguna, como no está la vida en los retratos, la fuerza del atleta en el mármol, ni los matices y el olor, en la rosa que fabrica el arte para copiar la naturaleza.

Queda solo un medio para comprender al orador, que son las reseñas y calificaciones que de sus discursos hace la prensa periódica; pero mucho chasco se llevará el que se atenga á este dato, porque es el mas falible, el mas apasionado, y por consiguiente el mas equivocado de todos.

Y no debiera ser así, porque los derechos de la verdad son muy sagrados, y primero que hombres de partido, debemos ser hombres de imparcialidad y buena fe. Y sin embargo, sucede lo contrario. Las críticas amargas y los encomios en contrario sentido empiezan para el orador en el momento mismo en que concluye de hablar, y como dice Timon, desde aquel instante en que queda enterrado en su ataúd de papel, dos periódicos se apoderan de su cuerpo y se colocan á sus dos lados como su demonio y su ángel, para pronunciarle, el uno un panegírico, y el otro una sátira. Así vemos que si el periódico que habemos á las manos es del mismo color político que el orador de quien se trata, este estuvo inimitable, lanzó rayos como otro Júpiter Olímpico, la Asamblea le escuchaba con el mas religioso silencio, él paseaba sus miradas de triunfo por sus adversarios que le

oian entre el despecho y el asombro; y por último, de todas partes arrancó repetidas veces aquellos aplausos vivos y espontáneos que el delirio del entusiasmo concede al genio, cuando este se revela en todo su brillo y en todo su poder. Si por el contrario, el periódico que leemos sigue opiniones políticas opuestas á las del orador, nos dice que este hizo un discurso pesado, descosido y nauseabundo, que sus argumentos eran débiles, sus formas vulgares y aun chavacanas, que la Asamblea se entregó primero á la risa y despues al sueño, que sus correligionarios políticos estaban avergonzados, y que por último, los bancos y las tribunas quedaron desiertos, colmada la medida de la tolerancia y del sufrimiento. ¿Dónde encontrar la verdad en aservaciones tan contradictorias? ¿Qué juicio podrán formar los crédulos lectores, cuando se les ofrecen retratos de fisonomías tan opuestas? Tales son las reseñas de las sesiones, y tales han sido en todos los tiempos y paises de debate parlamentario. Cormenin las inventó en Francia, y espresa su pesar con las mas sentidas palabras, por haber introducido una novedad de que tanto se ha abusado, y que ha borrado para el público los lindes que separan la verdad del error.

De lo dicho resulta, que los hombres que no tienen medio de asistir á los debates de una Asamblea, no pueden conocer á los oradores como son en sí, como se conoce una fisonomía cuando se le ve reflejada por un espejo, ó por las mansas aguas de un estanque cristalino.

Queda con todo otro recurso que es el de la tradicion; las noticias que esparcen por todas partes respecto al mérito del orador las personas que tienen frecuente ocasion de oirle y analizarle. ¿Pero es siempre fiel este conducto? ¿Los que escuchan las sesiones son siempre

jueces competentes, y sobre todo desapasionados? Muchas veces nos equivocamos porque nuestras prevenciones forman una valla que nos separa del acierto y de la verdad, y no pocas al emitir el juicio leal que á despecho de esta prevencion hemos formado, alteramos con designio su traduccion, porque el interés de partido ahoga la voz de la imparcialidad y de la franqueza. ¿Somos siempre justos con el mérito, y lo que es mas todavía, somos siempre justos con las cualidades del corazon de nuestros adversarios, que nada tienen que ver con los dotes del espíritu, y con las prerogativas del talento? Los partidos se atacan con todo género de armas, y nunca examinan su ley ni su temple, porque su máxima es destruir todo lo que estorba. Hay en todos ellos corazones nobles, espíritus delicados muy superiores á estas miserias que no se asocian á una conducta, que solo lleva al descrédito. ¿Pero qué vale una voz sola, sin eco, en medio de la grito de las pasiones agitadas, que ahogan las palabras de imparcialidad y de justicia? Son el murmullo blando del arroyo que se pierde en el estruendo del torrente que se desata cerca de él; son la brisa encantada de la noche que arrastra el huracan que se desencadena en aquel instante; son la trémula voz de la púdica doncella que espira entre los rumores de una impía bacanal. Así los errores en cuanto al mérito y reputacion de los hombres públicos, nacen y se acarician, y se estienden á despecho de la virtud callada é inerte, que busca en el silencio la única arma que tiene, y en la resignacion el solo consuelo que le es permitido. Pero tales son las sociedades, y tales las contingencias que en ellas corre el que una vez lanzado á sus mares, tiene que seguir la marea siempre creciente de los acontecimientos.